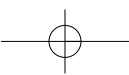
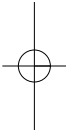
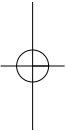
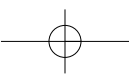
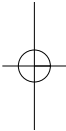
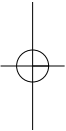


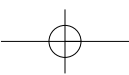
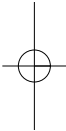
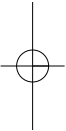
...Y los dedos de la mano de hombre continuaron escribiendo delante del candelero, y la tercera palabra que esculpieron sobre el encalado de la pared del palacio real fue: «PERES: Tu reino será dividido».

Pero nadie la vio entre los príncipes del banquete porque estaban embriagados, y dejaron perder los vasos de plata y de oro que habían traído sus antepasados y pelearon por sus falsos dioses de metal, de madera, de piedra y de barro, hasta que quedaron exhaustos. Sin embargo, el ejército de los persas ya estaba delante de las puertas de la ciudad y todos ellos fueron muertos aquella misma noche...



PRIMERA PARTE





1

Bálint Abády entró en el oscuro palco sin hacer ruido. El palco de su familia era el tercero a la derecha. Según la vieja tradición de Kolozsvár, todo aquel que se lo podía permitir alquilaba uno, siempre el mismo. Colgó el abrigo a tientas y, cegado por la luz del escenario, avanzó hasta la primera fila y se sentó. Ocupó el asiento principal, justo enfrente del escenario, porque su madre se había quedado en Dénestornya. Bálint había venido desde allí en automóvil porque esa noche había función de gala, pues era el estreno de *Madame Butterfly*. El personaje del título estaba interpretado por Yvonne de Tréville, la famosa soprano de la *Opéra Comique*, quien por aquel entonces actuaba a menudo en Kolozsvár.

Bálint llegó tarde. La función había empezado hacía un rato. El primer acto estaba tocando a su fin con un dúo en el que latían la pasión y el salvaje anhelo del amor. Los violines y las violas casi se doblaban obedeciendo el ritmo trepidante de seis por ocho y sobre la música flotaba la dulce voz de la diva parisina.

Apenas se entregó Bálint a la música, lo invadió una sensación de maravilloso desasosiego, la inquietante sensación de encontrarse en presencia de un poder aterrador, algo más poderoso

que aquella tormenta de emociones que se representaba en el escenario, algo que puso en alerta todos sus sentidos y, como si un imán lo atrajese, le hizo girarse.

Inmediatamente detrás de él, sentada en el palco contiguo, estaba Adrienne Milóth.

Le sorprendió verla allí. Se decía que no estaba en la ciudad, sino en Suiza con su hija. Le sorprendió que ya hubiese vuelto. Y sin duda era una casualidad que la buena Adelma las hubiese invitado a ella y su hermana, la pequeña Margit, al palco de la familia Gyalakuthy. Allí se había sentado, muy cerca, pero parecía tan irreal como una visión.

Únicamente iluminaba su cara la luz que llegaba del escenario, haciendo brillar su nariz ligeramente aguileña, sus mejillas y sus carnosos labios. Bálint admiró la pálida piel de su cuello y los hombros que asomaban por su escotadísimo traje color plata. Todo lo demás se perdía en la oscuridad de la platea.

La mirada de la mujer estaba inmóvil, tensa. El resplandor del escenario pintaba de esmalte esmeralda el iris de sus ojos, abiertos de par en par. Y ella permanecía quieta como una estatua. Al entrar sigiloso en el palco, Bálint se había dirigido sin saberlo hacia ella, ya que su asiento estaba entre el escenario y la butaca de Adrienne: ella seguramente ya lo había visto y en ese momento estaban tan cerca que con un movimiento ligero habrían podido tocarse los brazos.

¡Imposible quedarse allí! Imposible permanecer sentado junto a ella fingiendo ser dos desconocidos que escuchan aquella música apasionada que tanto deseo desesperado, amor y anhelo transmitía. ¡No! ¡No! ¡No debía quedarse! Y tampoco podía.

Bálint sintió que lo invadían los recuerdos de su amor con tanta fuerza que un temblor recorrió todo su cuerpo. Se levantó sin hacer ruido y casi tambaleándose salió del palco con paso ligero.

Aunque no pudo permanecer sentado junto a ella, tampoco pudo marcharse de inmediato. Bajó las escaleras, pasó al otro lado de la sala y, con el abrigo puesto, entró por otra puerta.

Allí, debajo de los palcos, en la negra sombra, nadie advertiría su presencia. Desde allí podía mirar a Adrienne, a la que en todo ese tiempo sólo había visto en contadas ocasiones y siempre de lejos.

No parecía haber cambiado nada. Quizá su rostro fuera algo más delgado y se dibujara cierta amargura en la comisura de los labios, pero estaba tan preciosa y majestuosa como una reina, como cuando todavía era suya, su compañera en cuerpo y alma, aquella a quien había elegido como esposa antes de que la fuerza del sino los hubiese separado. Se imaginaba quitándole el vestido de brillo metálico, como en Venecia —hacía ya cinco años y medio—, en la cabaña del bosque, allí en Kolozsvár, en la villa Uzdy, en Mezővarjas y en Budapest, en todos los lugares donde su amor desesperado había encontrado un cobijo. Y se le encogió el corazón de amargura. ¡Había tenido que renunciar a esa mujer! Y ella le había ordenado que contrajese matrimonio con otra, con Lili Illésváry. La propia Adrienne la había elegido para él.

Si no se casaba con ella no podrían verse más, así lo había ordenado Adrienne, y él no había sido capaz de cumplir esa condición. De ahí que llevara tanto tiempo sin verla...

El dúo continuaba. La irrefrenable melodía del anhelo amoroso se desenvolvía con intensa pasión. Desde el foso de la orquesta resonó dos veces el lúgubre motivo de la maldición del monje sintoísta, interrumpiendo la dulce canción de amor. Bálint sintió que aquella música simbolizaba su destino, evocaba su pasado. La ansiosa melodía volvió a brotar en el escenario, más fuerte, imperiosa y triunfal, llena de primavera, de claridad lunar, de árboles en flor. Los sonidos se volvieron más y más poderosos y, como un enorme aluvión, como un temporal, la fuerza de los sentimientos lo arrolló todo. Aquélla era la música de su pasado, de aquel pasado difuminado...

El telón cayó en medio de una cerrada ovación. Bálint, con un movimiento veloz, salió por la puerta.

Fuera hacía una noche fría de octubre. El cielo estaba despejado, pero las aceras brillaban porque esa tarde había llovido. Echó a andar por la oscura ciudad, sólo para caminar un poco, para estar solo. Solo, con todos los sentimientos que le habían asaltado esa noche. Sin querer miró el reloj: eran las nueve y cuarto. Después de la función debía ir a la casa del gobernador que, como director general de los teatros de Kolozsvár, celebraría una cena en honor de la cantante francesa... La fiesta comenzaría sobre la medianoche. Todavía le quedaba tiempo para dar un paseo. Tenía que dar un paseo. Tal vez así podría dominar la amargura que le había despertado el encuentro con Adrienne. Anduvo lentamente sin rumbo fijo.

Una vez fuera, por las desiertas calles sumergidas en la oscuridad, le asaltaron los recuerdos, confusos y caóticos. Bálint avanzó como si huyese de ellos. ¡Tenía que huir de allí! ¡Escondarse! Como lo había hecho ese mismo verano cuando había visto a Adrienne.

Él salía de la clínica donde habían ingresado a un mozo de cuadra de Dénestornya. Entre las rejas de hierro de la verja vio a Addy en la otra acera.

Con sus largos pasos uniformes subía por la calle. Bálint enseguida se escondió tras una columna del portal para que ella no pudiese verlo y, desde allí, la siguió con la mirada. La mujer no miró ni a diestra ni a siniestra, sólo hacia delante, con la barbilla levantada. Seguramente se dirigía a la «Casa del Tejado Verde», al hospital psiquiátrico que estaba más arriba, en la pendiente de la montaña.

«Irá a visitar a su marido —pensó Bálint—. Va a visitar a ese loco al que no ha querido nunca y que tampoco la ha querido nunca.»

Y su corazón se llenó de amargura, como el de un exiliado que sólo desde lejos puede ver las montañas fronterizas de su país natal...

Y en aquel momento, de nuevo, tenía que huir, escaparse del teatro, errar por la oscura ciudad. Sus pasos, sin querer, lo dirigieron a la plaza mayor. Lo paralizaba una insólita falta de voluntad, como si la abrupta decisión de huir de la cercanía de Adrienne hubiese agotado todas sus fuerzas.

Caminaba sin apenas ver por dónde pasaba. Se detuvo en la esquina del mercado, donde estuvo a punto de tropezar con el caldero de la castañera. Avergonzado, tratando de calmarse y a fin de corregir su torpeza, compró un cucurucho de castañas que la vendedora le entregó servilmente. Lo cogió y comenzó a pelarlas como un autómatas, pero cuando metió la mano en el cucurucho se acordó de que estaba invitado a una cena y que las castañas le tizarían los dedos. Se las guardó en el bolsillo de la chaqueta. Se las daría al primer niño que viera. Y sin duda se cruzó con más de uno, puesto que por donde estuvo paseando, más allá del puente de hierro, había un cine y un par de adolescentes esperaban a la entrada, pero para entonces ya había olvidado las castañas que había guardado en el bolsillo.

¡Sí! Él debería haberse casado con Lili Illésváry. Entonces todo habría sido diferente: habría podido ver a Adrienne y, libres de temores, conversar sobre los viejos recuerdos escondidos tras palabras disimuladas, al menos como buenos amigos, ya que de otra manera era imposible. Al menos podría verla de vez en cuando, cogerle la mano, besar sus ágiles dedos... Y entonces él habría disfrutado de un hogar y una familia, no estaría errando por el mundo como un vagabundo. ¡Sí! ¡Debería haberlo hecho! Pero lo rechazó. Rechazó aquella felicidad mediocre del matrimonio que habría contraído como solución. ¡Y ahora no tenía nada, ni amor, ni familia, ni nada!

Sólo había dependido de él, de él y de nadie más. Lo había dejado correr a mediados de diciembre en Jablanka. Sus anfitriones, Antal Szent-Györgyi y sus hijos, lo habían recibido con

cierta alegría expectante. Naturalmente controlaron mucho sus emociones y evitaron llamar la atención, algo propio del carácter de Jablánka. Magda Szent-Györgyi se mostró un poco más efusiva y lo saludó con una sonrisa cómplice, apretándole la mano con más fuerza de lo usual. Su tía Élize, la señora Szent-Györgyi, lo acogió incluso más afectuosamente y, aunque no hizo alusión alguna a los planes de matrimonio que todo el mundo sospechaba, su mirada alentadora, sus manos acariciadoras y su voz maternal demostraron que aprobaba vivamente las intenciones de su sobrino. A Pfaffulus también se le notaba que estaba enterado de todo, pues si bien no lo demostró verbalmente, sus tupidas cejas bailaron como las antenas negras de un capricornio de las encinas cuando estrechó la mano de Abády. Pfaffulus, el canónigo de Czibulka, llevaba ya varios días en Jablánka. Ese año la gran cacería se celebraba muy tarde y, como ya era Adviento, había acudido desde Nagyszombat y todos los días celebraba misa en la capilla del castillo. Bálint tuvo la sensación de que todo el mundo conocía su intención de pedir la mano de la muchacha y de que a todos les encantaba la idea.

Finalmente vio a Lili cuando todos los invitados se reunieron en la sala cuyos techos, de una altura de una planta y media, estaban decorados con figuras estucadas y que si antaño había sido el refectorio de los paulinos entonces servía de gran salón.

La muchacha entró por la puerta de enfrente, desde la biblioteca. Bálint la vio de lejos. Con su traje de tul blanco la veía tan ligera que parecía volar ingrávida sobre el brillante parque. Entró con la seguridad absoluta de las jóvenes de clase alta, inclinó la cabeza ligeramente para saludar a quienes ya había visto y se dirigió a los invitados recién llegados a la cacería. Abády volvió a admirar los perfectos modales de sus movimientos. Todo lo que le rodeaba iba con ella, la gigantesca sala blanca, los muebles dorados y carmesíes, los enormes retratos en recargados marcos: aquella fastuosidad era el escenario natural de aque-

lla nívea muchacha de apariencia frágil, pero por la forma en que recorrió la sala, decidida como una mariposa, se advertía que Lili era de una raza dura como el acero. ¿Aquella mujer sería su esposa?

Exquisitamente educada, descendiente de muchas generaciones de hombres y mujeres cuyos hijos, siempre ricos e independientes, nunca se casaban con una fea sólo por la dote o con uno de segunda fila por necesidad. Lili se acercó. No apresuró el paso ni cambió la postura, pero al darle la mano, él sintió ternura en su manera de ofrecérsela y una centella de alegría en sus ojos azules de nomeolvides.

¡Sí! Así había sido. El momento del reencuentro quedó grabado en su mente.

Pasaron los días: el primero, el segundo y el tercero de caza. Lili a menudo estaba a su lado, también el día de la gran batida se encontraron de nuevo los dos solos en un rincón privilegiado que les habían asignado en el flanco derecho. Pasaban juntos largas horas. Por las tardes daban paseos, por supuesto, nunca solos, sino con otros jóvenes que solían dejarlos a su aire unos veinte o treinta pasos atrás. En esos casos, la muchacha, de natural parlanchina, callaba como si esperase que él eligiese tema y, obviamente, esperaba que le pidiese matrimonio. Bálint debió haber actuado entonces. Allí, en la larga avenida de carpes que llevaba al mirador o cuando regresaron de la visita a la yeguada de los purasangres.

La tierra helada estaba cubierta por una fina capa de nieve en polvo que crujía ligeramente bajo sus pies. Los demás estaban todavía en la cerca del *paddock*. ¡Sí! ¡Debió haber hablado en aquel momento! Quizá entonces habría sido capaz de pronunciar aquellas pocas palabras triviales que constituyen la fórmula clásica de pedir matrimonio. No lo hizo. ¡Qué tontería no haberlo hecho! Pero en medio del paisaje invernal advirtió que su voz sonaba fría, objetiva, carente de entusiasmo, seria, nada espontánea. Y tal vez, él lo sabía, esa voz suya no habría supuesto

20 MIKLÓS BÁNFFY

problema, puesto que eran las palabras y no el tono lo que la muchacha esperaba.

Después de cruzar el puente del foso del molino, se detuvo. Pensó que sería mejor ir hacia el parque, seguramente desierto por la noche. A esas horas no había nadie por allí. Dio unos pasos y volvió a detenerse. ¡No, imposible! Al cruzar la calzada se embarraría los zapatos de charol. Tenía una invitación a las doce. ¡No! Debía continuar por las aceras asfaltadas, apenas mojadas de la llovizna vespertina, para no mancharse. Así continuó hacia la estación de tren.

¡Ya hacía un año! Sí, ahora hacía un año que había pasado el otoño en la capital. Entonces también daba largos paseos y erraba sin rumbo sólo por caminar, por mitigar su creciente inquietud. Esperaba una carta de Adrienne, aquella carta decisiva en que anunciase que estaba lista a forzar el divorcio, pero sólo recibía palabras que le hablaban de posponer la decisión. «Ahora no puedo... ¡Imposible! ¡Es horrible, pero ahora es imposible!», así le escribía la mujer, y Bálint no era capaz de comprender ante qué clase de terrible dilema se encontraba Addy, temerosa de hacer nada que enloqueciera a su marido enfermo, esa locura que finalmente destruyó a la postre todos sus planes...

¡Adrienne! ¿Qué estaría pensando ahora? ¿Continuaba en la ópera? ¿O también se habría marchado? ¿Qué habría sentido cuando por casualidad esa noche se encontraron ellos dos tan cerca? Seguramente a ella también la había trastocado el cruel juego del destino...

¡No podía volver a ocurrir nunca más nada similar! «¡Mañana por la mañana me marchó! —decidió Bálint—. Si no me hubiese comprometido para esta cena tonta, me marcharía esta misma noche...»

Volvería a Dénestornya, a casa de su madre. El viejo castillo era el único lugar que le daba algo de tranquilidad por su belleza y magia seculares. Y aquél era su hogar. Aunque allí también se sentía rodeado de tristeza porque eran sólo dos en el enorme caserón: él y su madre ya mayor. Siempre ellos dos y nadie más. No había juventud, no había futuro.

Si en Jablanka hubiese pedido la mano de Lili, al menos tendría esa esperanza. Qué locura no haberlo hecho...

La familia de la muchacha, a su manera, silenciosamente, había ido quitando cualquier obstáculo del camino. Incluso habían pensado en la diferencia de religión y, con una discreción casi magistral, le hicieron entender que el hecho de que fuese protestante no suponía problema alguno.

El recuerdo lo asaltó con nitidez, tal vez por la manera tan sorprendente en que había ocurrido.

El segundo día de caza por la tarde, Bálint se cambió y, al salir de su habitación hacia la sala grande, se encontró con Pfaffulus por el pasillo. Abády, sin querer, tuvo la sensación de que lo estaba esperando adrede.

—Mi joven amigo, ¿no le apetece ver la capilla? —le preguntó el canónigo Czibulka con su acento eslovaco—. Vale la pena, es muy bonita.

Dieron la vuelta y se dirigieron hacia el ala trasera, cuyo portal principal cerraba el patio del antiguo claustro. Allí en medio se abría la enorme entrada a la capilla. Sus trabajadas cornisas y los pilares adornados enmarcaban la puerta. Las hojas lucían trabajos de marquetería en madera noble, característicos del barroco eclesiástico.

La cerradura se abrió sin ruido. Entraron.

Aquella era una iglesia espaciosa. El altar estaba rodeado de

ventanas, el semicírculo del presbiterio sobresalía de la fachada y se apoyaba contra la roca viva. Aunque ya había atardecido, allí todavía había una luz tenue. El baldaquino, con sus columnas, quedaba oscurecido al contraluz crepuscular y daba un ambiente especial a la capilla. Pero Pfaffulus levantó la palanca de la luz eléctrica, prendió la araña de luces y la capilla se iluminó. Realmente era preciosa.

A lo largo de las paredes se hallaba la sillería de los monjes paulinos; detrás, un revestimiento de carpintería con pilares sostenía una enorme cornisa saliente que variaba de anchura hacia el altar siguiendo el ritmo de una música secreta. El borde estaba decorado con cabezas de ángeles alados y con el ave simbólica de los paulinos: el cuervo con el pan en el pico, que sobresalía como un signo de admiración dorado sobre el oscuro revestimiento de madera labrada. En el presbiterio se alzaba el baldaquino con borlas doradas, sostenido por columnas salomónicas. Abajo, entre rayos dorados, había una imagen de la Virgen María; a ambos lados, dos ángeles adultos se arrodillaban en traje dorado y azul celeste, con las alas y los miembros de oro, y con el gesto exagerado de la devoción barroca.

Las baldosas estaban cubiertas por una rica alfombra de motivos florales.

—Es precioso, ¿verdad? —preguntó Pfaffulus, y le enseñó la capilla a Bálint explicándole los medallones de los bajorrelieves, que sobre la segunda fila de la sillería representaban los milagros del patrono de la orden, San Pablo Eremita.

Pasó por delante del altar haciendo una rápida genuflexión y en la parte derecha admiró el trono del abad y las imágenes de los santos, todas obras de excelentes maestros.

Ya casi se encontraban de nuevo en la entrada cuando el canónigo Czibulka se detuvo y se sentó en un extremo de la sillería. Aparentemente estaba sumergido en sus pensamientos. Su cara delicada e inteligente esbozó una sonrisa evocadora.

Asintió con la cabeza un par de veces al oír las palabras elo-

gias de Bálint y, después, como si no pudiese continuar controlando las emociones que le asaltaban, agarró bruscamente el brazo de Abády, lo hizo sentar en el asiento vecino y le dijo:

—¿Sabe qué significa para mí esta capilla? La quiero como si fuese un ser vivo. No sólo porque es preciosa, sino porque he vivido tantas cosas en ella...

Con pocas palabras le explicó que allí había empezado su carrera de sacerdote como preceptor del conde Antal. Más tarde regresó allí mismo de Roma y durante unos años fue cura residente del castillo de Jablánka. No aceptó el cargo de párroco, pese a que el viejo Szent-Györgyi, patrón de varios pueblos, le ofreció el beneficio eclesiástico del más rico. Pero a él le gustaba más estar allí y dedicarse con tranquilidad a sus trabajos sobre derecho eclesiástico.

En ese momento esbozó una amplia sonrisa.

—Y tengo otros recuerdos bonitos. Aquí desposé a la otra hermana del conde Antal, la condesa Charlotte, que se casó con el conde sueco Olaf Loewenstierna. —La delgada y puntiaguda nariz de Pfaffulus pareció crecer al pronunciar esas palabras y sus tupidas cejas comenzaron a bailar sobre la frente—. Por mi parte fue una osadía, porque el novio era protestante y debía haberse comprometido a educar a sus hijos en la fe católica, pero el viejo conde Szent-Györgyi me advirtió que no se podía exigir tal cosa a un Loewenstierna. El novio era descendiente de un general de Gustavo Adolfo y él mismo, me dijo, despreciaría al joven si rompiese con las tradiciones de su propia familia y que si él, el padre de la novia y buen católico, no lo exigía, yo no tenía más remedio que aceptarlo. Y yo cumplí con sus deseos.

El regordete canónigo se inclinó hacia Bálint con gesto confidencial.

—Sí, fue un error, un pecado, pero sólo mío, sólo mío, porque en esos casos la culpa recae exclusivamente en el sacerdote. Inmediatamente después de la boda me fui a ver al primado, que

por entonces era Simor. Me arrodillé ante él y le confesé mi pecado. Me regañó con severidad y me impuso una dura penitencia, pero me invitó a comer. Después de la comida me dijo: «Ha sido muy inteligente por tu parte, hijo, no haber pedido permiso porque te lo habríamos negado. Sí. Muy inteligente. Los Szent-Györgyi, durante siglos y siglos, han hecho y siguen haciendo tanto por la Iglesia católica que se les debe juzgar de modo diferente. Así lo haría la Curia romana...».

Czibulka calló. Durante unos minutos su mirada se perdió en la lejanía, como si estuviese contemplando sus recuerdos. De repente se levantó con un gesto que parecía pedir perdón por haber entretenido a Abády con sus recuerdos personales:

—Discúlpeme, mi joven amigo, por haber parlotado tanto de mí mismo y robarle su tiempo, pero esta capilla significa tanto para mí...

Hizo una rápida genuflexión en dirección al altar, apagó las luces y salió con Abády. Los dos regresaron al gran salón para tomar el té.

A fin de animarlo y darle confianza, habían pensado en todos los detalles. ¡Sólo había dependido de él! ¡Sólo de él! Y fue la última noche cuando perdió aquella oportunidad que si bien no le habría dado amor, sí una mujer amable, una familia y un hogar.

Lo perdió todo entonces, aquella última noche dejó escapar su última oportunidad.

Bálint se vistió temprano para la cena. Al entrar en el gran salón, no había nadie todavía. A través de las hojas abiertas de la puerta de la biblioteca vio a Lili. Ella se había cambiado aún más temprano que Abády, seguramente a propósito. Con sus desnudos brazos apoyados en la larga mesa central y medio arrodillada en una silla, hojeaba lentamente un álbum. Parecía estar abstraída, como si no atendiese a nada más que a la imagen que tenía delante.

Sin embargo, como un rayo pasó por la mente de Bálint la certeza de que sólo estaba allí por él, de que lo estaba esperando: por eso había aparecido tan temprano, para darle la oportunidad, la última oportunidad de la última noche.

—¿Conoce este álbum? —preguntó Lili cuando Bálint apoyó los codos a su lado—. Es bastante raro. Son recuerdos del viaje por Egipto de un señor húngaro, el conde Forray. Son grabados muy bonitos, a color. ¡Mírelos! Son preciosos, ¿verdad? —continuó, y sus ojos azul violáceo le lanzaron una mirada interrogadora, como si no preguntase sobre la belleza de la imagen, sino sobre la de sus ojos.

Pasaron las páginas lentamente. Sus brazos se rozaron y, de vez en cuando, los dedos. Pronunciaron algunas palabras en voz baja: «Esto debe de ser Malta», «Mire, un camellero...», «El palacio del jedive». Aquellas palabras vagas, sin sentido, sólo servían para romper el silencio...

«¡Ahora debería decirlo! —pensó Bálint varias veces—. Debería cogerle la mano y decirle esas frasecitas que ella está esperando. Empezaría una nueva época en mi vida y cerraría el pasado... Eso es lo que quiere Adrienne, eso es lo que me pide.» Pero no venían a él las palabras oportunas, sino otras, siempre otras, y sólo sobre las imágenes: «El templo de Karnak... qué piedras tan enormes...», mientras pensaba si debería decir «La amo», una afirmación falsa, o si sería suficiente decir: «¿Quiere ser mi esposa?». Y aquellos preciosos minutos se esfumaron rápidamente. Ya se habían reunido muchos invitados en la gran sala y no podían permanecer así más tiempo, tenían que unirse a todos.

Lili se bajó de la silla y se puso derecha. Probablemente pensó que bajo la luz cegadora de la lucerna, apoyados en la mesa que tan bien se veía a través de la puerta de doble hoja, Bálint se sentía incómodo. Dejó el álbum y se dirigió al hueco de la ventana, donde la gruesa pared los tapaba.

Se acercó a la ventana y se arrimó al cristal. Y para tener un pretexto dijo: «¡Cuánta escarcha!», luego volvió la mirada.

Bálint sólo la acompañó hasta la esquina del hueco y allí se quedó. Sus ojos recorrieron la biblioteca.

A lo largo de las paredes había monacales armarios con suntuosos adornos dorados en forma de espiral y pilares de maderas nobles, refulgentes conchas de bronce decoraban las corvaduras superiores, con querubines dorados que sostenían escudos de oro y, por encima de todo, se extendía el techo con los estucos ondulantes propios del barroco vienés. La suntuosa riqueza era omnipresente. Y mientras la frágil figura de Lili dio unos cuantos pasos desde la mesa hasta la ventana volando por el parqué de marquetería, sintió de repente que esa mujer estaba allí en su casa, que ése era el entorno en que había nacido, el lugar que mejor le iba: ese lujo un tanto austriaco que su alma transilvana sentía ajeno. ¡Cómo podría llevarla a Transilvania! Aunque ella lo quisiese mucho, allí no sería más que una exiliada. Por muy grandioso que fuese, Lili no se adaptaría a Dénestornya, un entorno tan distinto y tan húngaro. Allí la vida era con creces más sencilla que en esa alta sociedad occidental a la que pertenecía Lili. Sólo fue una impresión momentánea, una brisa helada que se siente en la cara. No obstante, le provocó un escrúpulo más.

—Debe de hacer mucho frío...

—Sí... ya al anochecer estábamos a seis grados bajo cero... Y eso que hay luna llena...

—Sí, el cielo se ha despejado...

Intercambiaron frases vacías con largas pausas.

Tras la última, Lili se dio la vuelta en el hueco de la ventana. Por un momento miró los ojos de Abády y, después, con esos pasos ligeros tan propios de ella, regresó al gran salón en silencio.

Bálint la siguió lentamente. Sabía que había perdido a la joven. Se le encogió el corazón de tristeza, pero aquélla fue una tristeza tenue que le dibujó una sonrisa indulgente, como cuando uno renuncia a una esperanza en la que en realidad nunca ha creído.

¡Había sido una locura perderla!

Al recordarlo, Bálint, preso de rabia, dio un taconazo contra el suelo y apresuró sus pasos. A los pocos minutos, se encontraba en la plaza de la estación. Había mucho ruido y ajetreo porque acababa de llegar el tren expreso de Budapest. Varios coches cargados de maletas salieron en dirección a la oscura ciudad. Aquel inesperado tráfico lo hizo pararse al borde del asfalto. Vaciló. El granito de la calzada estaba fangoso y la acera que pasaba por delante de los almacenes también. Lo mejor era no continuar por allí.

Los jóvenes repartidores de prensa corrieron hacia él con los periódicos capitalinos del mediodía en la mano. Bálint paró a uno. «Tengo que dejar de mortificarme», pensó enfadado.

Puso veinte céntimos en la mano del muchacho, se metió el periódico doblado en el bolsillo y sin esperar que le diese el cambio, dio media vuelta. «Voy a entrar en un café, la lectura me distraerá...» Volvió hacia la ciudad, pero apenas se puso a caminar, se olvidó del plan.

Durante la cena de la última noche de su estancia en Jablánka hablaron sobre asuntos relacionados con los croatas. Desde principios de diciembre, el tribunal de Viena enjuiciaba el caso Friedjung. Los periódicos habían llegado por la tarde de la ciudad imperial cargados de malas noticias, noticias muy desagradables.

El profesor Friedjung había publicado un artículo muy combativo en el *Neue Freie Presse* a finales de marzo de 1909, con motivo de la anexión de Bosnia. Friedjung afirmaba que más de cincuenta políticos de Croacia, cuyos nombres enumeraba, estaban vinculados a una organización irredentista serbia e incluso al gobierno serbio. Y resultaba bastante obvio que las revelaciones de Friedjung contaban con un claro inspirador, la inteligencia austriaca, puesto que sólo el Ballplatz podría haberle pro-

porcionado esos datos de los que daba cuenta su artículo. Esa acusación, de gran resonancia en la prensa, parecía formar parte de la resolución de la Monarquía Dual de mostrarse ante el mundo forzada a enviar un ultimátum, de términos imposibles, a Belgrado y, ante la inevitable negativa de Serbia a obedecer, declararle la guerra.

La trama había sido previamente preparada en el terreno diplomático. Desde que Alemania había anunciado que su fidelidad a la alianza era inquebrantable, Rusia, aun de mala gana y a regañadientes, no intervendría. Desde entonces las grandes potencias habían intercedido varias veces ante el gobierno serbio en Belgrado a fin de advertirle que fuese condescendiente, pues, de lo contrario, Serbia no podría contar con ayuda de nadie.

El artículo del *Neue Freie Presse* fue publicado el 25 de marzo con el propósito de enviar el ultimátum ese mismo día, pero finalmente no se hizo porque ese mismo día, Jorge Karađorđević, heredero al trono y líder del Partido de la Guerra, dimitió, y un par de días más tarde Serbia aceptó todas las condiciones. No obstante, aquel artículo incendiario y los acontecimientos posteriores demostraron que, aunque no hubiera ocurrido nada en Belgrado, el artículo de Friedjung formaba parte de un plan de mucho mayor alcance tramado en Viena y que habría sido publicado de cualquier modo, ya que apenas un mes más tarde, en Zagreb, el fiscal general demandó a los 54 acusados por traición a la patria. El proceso lo inició el barón Rauch, el último *ban* croata del gobierno de coalición. Rauch, angustiado por sofocar el irredentismo en Zagreb y, habiendo aprendido de la experiencia austriaca contra las actividades de los irredentistas bosnios en Viena, trató de resolver el problema en los tribunales. El juicio de Zagreb duró cinco meses y terminó en octubre con la condena de 31 acusados. La defensa recurrió la sentencia ante el Tribunal Superior. Sin duda alguna los argumentos de la acusación eran jurídicamente muy débiles y la defensa estaba

convencida de que el Tribunal Superior no ratificaría la sentencia. En el extranjero, el asunto de Zagreb despertó un sentimiento de antipatía hacia Austria y, para colmo, la prensa francesa habló de *Justizmord*, asesinato de la justicia. La fuerte reacción extranjera y las poco concluyentes resoluciones del juicio celebrado en Zagreb animaron a aquellos hombres que Friedjung había puesto en la picota en su artículo a exigirle responsabilidades por calumnias.

El juicio se celebró en diciembre en Viena. Friedjung debía defenderse demostrando la verdad de todas sus acusaciones y entregó la documentación que las sostenía. Esos documentos contenían datos que el Ballplatz había recogido con la ayuda de espías y que de modo confidencial había hecho llegar al famoso historiador. Y en aquellos momentos, mediada la segunda semana del juicio, las cosas empezaban a torcerse: algunos de esos documentos resultaron ser falsos. Ése fue el principal tema de conversación de la última noche que pasó en Jablánka. Se decía que Friedjung tenía en realidad razón, que aquellos a los que había acusado, sobre todo Supilo, el autor de la Resolución de Fiume, eran agentes de Belgrado, pero el Ministerio de Exteriores austriaco había olvidado por pura negligencia contrastar los datos de los espías. Se hallaron varias contradicciones que quizá pudieran achacarse a algún error humano más que justificable, pero se demostró que se trataba de falsificaciones voluntarias. Nada extraño cuando se recurría a espías asalariados, pues la mayoría terminaba trabajando como agentes dobles. Y como en este caso, entre los agentes secretos, había hombres serbios que, con toda seguridad y con el pleno conocimiento de las autoridades de Belgrado, habían entregado al embajador de la Monarquía información cuya falsedad era fácil de comprobar.

Así que aquél fue el tema de conversación en Jablánka durante los tres días que duró la cacería, aunque cuando trataban el escándalo se hacía de esa manera descafeinada propia de las personas bien informadas que no recurren a las exageraciones

sino a las medias palabras e insinuaciones habituales de aquel elevado círculo del castillo Szent-Györgyi. A Bálint le pareció que aquella última noche sólo se hablaba de aquello y, si bien apenas hacía un año le habían fascinado las discusiones políticas que se mantenían en la casa de sus primos, entonces su propia confusión le impidió mostrar siquiera algún interés por el tema. Esa última noche sintió no poder quedarse con el grupo que hablaba de política alrededor de la chimenea y, en cuanto todos terminaron el café, se fue a ver a su tía para despedirse de ella porque de madrugada regresaba a la capital. En realidad tenía tanta prisa porque no soportaba estar en aquel salón, en la misma estancia en que estaba la mujer a la que había herido. Para ir al cuarto de la señora Szent-Györgyi, tuvo que cruzar la biblioteca. El álbum de Forray continuaba en la mesa, ligeramente ladeado, como Lili lo había dejado antes de irse a la ventana. La araña de luces emitía una luz deslumbradora que hacía brillar el encuadernado rojo y dorado con tal intensidad que Bálint se sintió acusado: aquel álbum era el cuerpo del delito, un delito que había cometido contra sí mismo y contra aquella amable muchacha. Y se le encogió el corazón al pasar ante él.

Entró en el pequeño salón de su tía. La señora de Antal Szent-Györgyi, sentada como acostumbra, se protegía de cualquier corriente de aire por unos biombos de cristal italianos y, frente a ella, había dos invitadas de Viena. Con toda seguridad, hasta ese momento habían estado chismorreando de asuntos sin importancia relativos a la alta sociedad vienesa, pero a una señal de la condesa Élize esa conversación se interrumpió y animó a su sobrino para que se acercase a ella. La condesa le cogió la mano con sus dedos regordetes e hizo que se sentase a su lado en el canapé. Bálint no dijo nada y su tía también guardó silencio un momento. Las dos austriacas comprendieron al instante que su anfitriona quería charlar a solas con Abády y, después de intercambiar dos o tres frases más, pronunciadas con la in-

tención de que no pareciera que la llegada del conde era la razón por la que ellas se marchaban, pues debían guardar las formas, se levantaron, se disculparon diciendo que se habían comprometido a jugar al *bridge* y desaparecieron.

—¡Qué amable por tu parte haber venido tan temprano a verme! —dijo Élyze Gyeróffy repasando el rostro de Bálint con sus grandes ojos marrones—. Me gusta tanto hablar contigo. Cuando estás conmigo tengo la sensación de estar un poco en Transilvania.

Sonrió y puso la mano en el brazo de Abády. Él la levantó y se la besó. Durante unos segundos guardaron silencio y, después, la señora Szent-Györgyi comenzó a hacerle preguntas. Primero, naturalmente, le preguntó por su madre; después, por tantos viejos conocidos a los que no había visto desde hacía dos décadas. Y al hablar de uno o de otro, se animó a contar anécdotas, acontecimientos de su juventud, habló de los bailes populares, de las fiestas de mayo, de los paseos en carruaje a Radna. También preguntó por el padre de los hermanos Alvinczy, un hombre muy apuesto que había sido su pareja de baile preferida —reconoció que había estado enamorada de él en su adolescencia—, y por el viejo tío Dániel Kendy, a quien, aunque ya por aquel entonces bebía, las muchachas admiraban porque se decía que había pertenecido al círculo de la emperatriz Eugenia y porque, aun siendo mayor, siempre iba extremadamente elegante: él fue el primer hombre de mundo que habían conocido.

Y así pasó el tiempo contando historias y preguntando por otras sobre su tierra natal, sobre sus conocidos y otros asuntos, haciendo pausas cada vez más largas antes de pasar de un nombre a otro. Bálint tuvo la sensación de que detrás de ese interés suyo, sin duda real, su tía estaba dándole vueltas a otro tema que vacilaba en sacar.

Creyó que terminaría preguntándole por László Gyeróffy, pero en esa ocasión la señora Szent-Györgyi no estaba pensando en él.

La tía Élize se quedó sumergida en sus recuerdos, pero repentinamente dijo:

— ¡Qué bueno es saber de la gente! — Se inclinó hacia su sobrino, volvió a cogerle la mano y se la mantuvo presa. Su mirada se perdió en la lejanía—. ¿Sabes una cosa? — continuó en voz baja como si fuese a confesar un secreto muy íntimo—: yo continuo pensando que mi hogar en realidad no está en el norte de Hungría sino en Transilvania. La gente de allí es como yo. De alguna manera la gente de aquí me resulta tan extraña como los vieneses. ¡Oh, no me interpretes mal! Soy muy feliz aquí y he tenido una buena vida al lado de Antal. Y todo porque lo quiero. Me casé por amor y, aunque hubiese sido pobre, me habría casado con él y lo volvería a hacer también hoy. Pero todo esto... — y con un ligero gesto de la mano dibujó un círculo que parecía abarcar el castillo, sus vastas propiedades, su posición social... —, todo esto me sigue siendo ajeno. Este mundo nunca ha llegado a ser mi mundo. Y si miro atrás, veo claramente que sólo el amor ha hecho posible que mi vida, mi matrimonio, sea feliz. No sólo mi gran amor por él, sino el amor de mi marido por mí. Sólo el amor ha podido dar armonía a mi vida... ¡Sí! En realidad es lo único que ayuda a superar lo que sea, lo único que mitiga las penas... Quizá de otro modo se habrían sucedido los conflictos y la amargura nos habría vencido a los dos...

Entonces, tan repentinamente como había empezado, calló. Y pasados unos segundos, soltó una carcajada ligera y, acariciando la cara de Bálint, dijo:

— ¡Ya ves cuántas tonterías dice tu vieja *tante*! Toda esta charla sobre los viejos tiempos me ha hecho pensar en tantas cosas...

¡Así que eso era lo que había querido contarle! Se lo había contado para ayudarlo, para consolarlo, porque debía de haber intuido no sólo que no había pedido la mano de Lili sino que precisamente por eso se sentía culpable. Y la tía Élize comprendía las razones quizá incluso mejor que él mismo. La principal era que estaba enamorado de otra mujer, no de esa extraña cria-

tura que parecía pertenecer a otro mundo. En esa hora tan amarga Bálint agradecía tanto la delicadeza y sutileza de las palabras de la señora Szent-Györgyi como el amor y la bondad que le había demostrado contándole a su sobrino cosas de sí misma que seguramente jamás había contado nadie y lo había hecho simplemente para ayudarlo.

Tía y sobrino permanecieron juntos un buen rato acogidos por todos los cojines y suaves tapizados de aquella sala de estar de la condesa. La tupida alfombra, los muebles con alegres curvas pero sin estilo definido y las paredes tapizadas con una tela más oscura contrastaban con las otras salas del castillo, blancas o doradas y blancas, grandiosas y perfectas, pero algo frías y de mobiliario barroco. En su sala de estar, los cuadros grandes y los pequeños, todo era un antiguo recuerdo de Transilvania. Había dos óleos de Szamoskozárd que mostraban la casa de su infancia antes de que su hermano la reformara, retratos a la acuarela de sus padres, sus abuelos, sus tías y sus tíos. Los veladores y las estanterías estaban abarrotados de minúsculos objetos, miniaturas y fotografías del pasado y de parientes que la habían dejado hacía muchísimo tiempo. En aquel momento Bálint descubrió que todas esas cosas reflejaban el apego que la señora Élize sentía por su tierra natal y advirtió aquella barrera psicológica que seguía separándola del mundo occidental en el que llevaba viviendo tantos años. Bálint llegó a comprender esa noche el simbolismo de aquella pequeña sala de estar.

En la fría calle nocturna, bajo la llovizna, Bálint evocaba la última hora que había pasado en Jablanka y volvió a vivirla. Vio a ambos sentados en aquella sala de estar demasiado cálida y tan distinta de las demás estancias de aquella casa. «Como una isla —pensó de repente— que el curso del destino ha separado de una mucho más grande, de Transilvania, arrastrándola a un mar extraño.»

¿Tenía razón su tía? En aquel momento, en la calle mojada sentía que no. Sentía haber despilfarrado todo lo que podría ha-

berle aportado calma. Ahora no se sentiría tan solo, tan miserablemente solo. Lili lo amaba. Tal vez aquel amor, aunque no fuese correspondido, habría podido endulzar su vida y no se sentiría tan miserable.

Cuantas escenas repasó durante su largo paseo no le aliviaron esa amargura tan profundamente arraigada en su alma. Cada pensamiento era más desolador que el anterior y le pareció imposible ir a una gran fiesta en ese estado de ánimo. Se preguntó cómo podría excusar su ausencia: enviaría un mensaje diciendo que tenía migraña o cualquier otro pretexto, pero él mismo no podía ser quien avisara al portero del gobernador, porque contaría que se había presentado personalmente. ¿Y si enviaba al camarero de un café? Sabrían entonces que él mismo había hablado con el mozo. ¿No sería mejor ir a casa y desde allí enviar a su criado con una breve nota en una tarjeta de visita...?

Sacó la saboneta. ¡Ya eran las once y media! Sus criados estarían durmiendo, tardaría demasiado en despertar a uno y además tardaría en vestirse y tardaría en llegar a casa del gobernador. Todos los invitados, incluida la estrella de la noche, tendrían que esperar por su culpa. Dado que hablaba bien francés, seguramente le tocaría un asiento cercano a ella, que quedaría vacío si se hartaban de esperarlo y se sentaban a cenar. ¡Sería imperdonable faltar a la cena en el último momento!

Le dio vueltas al asunto mientras sus pasos sin querer lo llevaron hacia la casa del gobernador.

La ópera había acabado hacía tiempo. Los carruajes que llevaban a los invitados del teatro al banquete ya hacía tiempo que habían pasado por su lado. En la calle reinaba el silencio. Seguramente los invitados ya se habrían reunido. Bálint apresuró el paso, tenía que ir aunque le costara un gran esfuerzo.

Las ventanas de la casa del gobernador brillaban intensamente. La calle estaba desierta y negra. Un solo simón estaba

esperando delante de la casa, no justo en la entrada, sino un poco más apartado, y el caballo miraba hacia el portal.

Abády pasó por su lado cuando el larguirucho Ádám Alvinczy, el marido de Margit, saltó del simón, corrió tras él y bruscamente lo cogió por el brazo.

— ¡Estaba esperándote! — dijo con voz nerviosa —. Margit me ha enviado para recogerte.

Bálint no se sorprendió, como si hubiese presentido que el encuentro casual con Addy no podía acabar sin consecuencias.

— ¿Sí? — dijo.

— Sí. Sabíamos que estabas invitado. Margit te ruega que vengas inmediatamente. Ha sucedido algo muy grave, por eso me ha mandado. ¡Ven! ¡Rápido!

Subieron al simón.

— ¡Vuelva a la villa Uzdy! — dijo Ádám al cochero.

El carruaje se puso en marcha.

Abády sintió un nudo en la garganta. Apenas pudo preguntar:

— ¿Qué ha pasado?

— No lo sé — contestó su compañero —, sólo sé que después de llevarla a casa, Adrienne se ha encerrado en su habitación. Margit está en el baño contiguo, no se atreve a dejarla sola. Está muy preocupada...

No hablaron más. Las patas del caballo marcaron un repiqueo uniforme en la calzada. A pesar de que apenas duró cinco minutos, el trayecto hacia la villa le pareció eterno. En el camino, Bálint sólo pudo pensar en una cosa, la pistola. Se trataba de una Browning pequeña, pero mortífera. Cuando Addy le pidió que se la comprase, la mujer le ocultó que había considerado el suicidio. Y más tarde, al finalizar aquel mes que pasaron los dos en Venecia, cuando tuvieron que romper creyendo que era para siempre, le volvieron a asaltar esos pensamientos suicidas. El alma rebelde de la mujer siempre albergaba esa terrible solución a sus problemas.

Y ahora ese peligro era de nuevo inminente. ¡Incluso tal vez ya

había ocurrido! ¡Tal vez llegase tarde! Tarde para salvarla... Atormentado por no llegar a tiempo de impedir que ella se dejara llevar por esa idea que parecía dominarla, Bálint temió que ya fuera demasiado tarde.

El simón se detuvo. Ádám abrió la reja de la puerta del jardín delantero con su llave.

—Espere —dijo al cochero y entraron apresuradamente.

Cruzaron las salas de aquel edificio de una sola planta hasta alcanzar el patio trasero que casi corría paralelo a la ribera del río Szamos y, después de recorrer la galería vidriada, entraron en los aposentos que ocupaba Adrienne, pero Ádám no entró en el salón sino que se dirigió a la puerta del baño.

Entraron sin hacer ruido, Margitka estaba sentada en un extremo del estrecho diván con el oído pegado al ojo de la cerradura tratando de oír cualquier movimiento. Si no hubiera sido por su avanzado embarazo, así, acurrucada, hubiera parecido todavía más pequeña, casi una niña. Cuando los dos hombres entraron, se dio la vuelta enseguida.

Hizo que Bálint se sentase a su lado y le habló en voz muy baja pero decidida:

—Gracias por venir. Quédese. ¡Oh! Sé que lo están esperando, pero, por favor, quédese. Ádám irá y dirá que se encuentra mal y ocupará su lugar. No llamará la atención porque todo el mundo ha visto que usted se había ido del teatro y se considerará un acto de cortesía por su parte enviar un sustituto. Así no causará confusión. —Acto seguido se dirigió a su marido—: Has ordenado al simón que esperase, ¿verdad? Bien. Vete, pues, y sé discreto. Y dile al cochero que vuelva después de haberte llevado, quizá volvamos a necesitarlo. Dile que espere y dale la llave de la puerta.

A pesar de estar preocupada por su hermana, la pequeña Margit ya había dispuesto todo y, con admirable serenidad, fue capaz de dar órdenes simples y claras.

Ádám se marchó inmediatamente y ella le contó a Bálint de

manera rápida y entre susurros, pero con exactitud, todo lo que había pasado. Adrienne había regresado esa mañana de Lausana, donde había dejado a su hija en un internado. La buena señora Gyalakuthy se enteró de su llegada y la invitó a su palco.

—A mí no me gustó la idea desde el principio: esa ópera no le conviene, pero creíamos que usted estaba en Dénestornya...

—Y de allí he partido esta misma noche...

—Sí, pero no lo podíamos saber. Ahora ya no importa. Yo estaba sentada a su lado en el palco. Le vi la cara. Yo la conozco mejor que nadie, los demás no notaron nada. Sentí mucho miedo, pero no pude hacer nada. No se podía marchar sin más, ella tampoco hubiese querido. Por fin acabó la ópera y pudimos marcharnos. La trajimos a casa en un simón. No dijo ni una palabra. Aunque no quería que lo hiciéramos, la acompañamos a sus aposentos. Cuando llegamos quiso que nos fuésemos. Ádám esperó en la galería, pero yo no me aparté de su lado. Tenía una mirada aterradora. Ya la había visto así un par de veces, pero nunca de esa manera tan intensa. Me daba miedo. Tenía los ojos vidriosos y las manos temblorosas. Todavía pude estar con ella mientras se desvestía, pero entonces me hizo salir casi con violencia y cerró la puerta. Por eso he enviado a Ádám a buscarle, porque yo ya no puedo hacer nada. No sé qué está haciendo o qué ha hecho. La he oído hacer ruido un par de veces, como si se le hubiesen caído al suelo objetos pequeños. Luego se ha hecho el silencio. Desde hace un buen rato. Y llamo a la puerta y no me contesta, pero sé que está despierta... ¡Oh! Estoy segura de que está despierta... ¡Sólo usted puede ayudarla!

Hizo una pausa y añadió:

—Si no es tarde... porque sé que tiene Veronal guardado...

Bálint se levantó y se dirigió a la puerta. Llamó dos veces con fuerza y en voz alta dijo:

—Soy yo, Bá. Por favor, déjeme entrar.

Esperaron un momento, apenas veinte segundos, ¡una eterni-

dad! No se oyó nada, ni una palabra ni pasos. Nada. Súbitamente la cerradura hizo dos clics. Abády bajó la manilla. La puerta se abrió. Entró. Cerró la puerta detrás de sí. La habitación estaba totalmente oscura, pero él no necesitaba luz para guiarse. Conocía bien aquella habitación y ese olor cálido parecido a los pétalos de flor o al clavo que no era un perfume ni una sustancia artificial. No era un olor fuerte, pero sí embriagador, como las pócimas secretas: aquél era el olor íntimo de su amor. Dio dos pasos y llegó junto a la cama. Se sentó al borde.

—¿Eres tú? —preguntó una voz apagada entre las almohadas.

—Soy yo.

Sus dedos buscaron el hombro de la mujer. Le acarició el pelo suelto y volvió a hablar. Pronunció las palabras lentamente, muy lentamente.

—Esto no tiene sentido... Ningún sentido...

Durante unos segundos no hubo respuesta. De repente la mujer lo abrazó, lo estrechó contra sí como el náufrago a su salvador y sus labios se unieron en un beso infinito.

El plastrón del frac crujió suavemente.

Bálint quiso encender la luz, pero la mujer protestó asustada.

—Margit me está esperando fuera, tengo que salir —argumentó el hombre—. Y antes de salir tengo que atusarme el pelo y enderezarme la corbata... Necesito algo de luz...

—¡No, no! ¡No, por favor! Puedes arreglártelo así, a tientas, con las manos... Y qué importa.

—Pero si Margit quiere entrar, es mejor que haya luz...

—¡No, que no entre! Dile que puede irse a casa y luego vuelve. No quiero luz...

No le quedó más remedio. Bálint se tentó el pelo y el cuello y lo encontró en orden. Salió al baño.

La pequeña Margit estaba tumbada en el estrecho diván. Con el brazo bajo la cabeza dormía profundamente, como un fiel

perro guardián después de haber pasado el peligro. Dormía tan bien que le supo mal despertarla.

—Bien, bien —repitió con voz dormida cuando la despertó.

No fue necesario que Bálint dijese nada porque ella, sin más, anunció:

—Me voy a casa...

Bostezó abriendo esa pequeña boca suya y se puso un precioso abrigo de piel. No preguntó nada, apenas se despidió y se marchó. No dijo nada acerca de cómo pensaba Abády marcharse si ella cerraba la verja y se llevaba consigo la llave. Tal vez porque estaba medio dormida, tal vez por otras razones. Margit no solía dar jamás muchas explicaciones. Bálint apagó la luz del baño y volvió a la oscura habitación.

El reloj de la iglesia de Monostor dio las tres. Las campanadas resonaron en esa oscuridad de hollín. En el silencio de la noche la campana parecía repicar en aquella misma habitación.

Eso los despertó. Se habían quedado dormidos con los miembros entrelazados, acoplándose como las panteras o los pumas, que duermen arrimados unos a otros con inmenso placer. Adrienne había encontrado su posición y, como siempre, apoyaba la cabeza en el hombro de Bálint. Sus rizos acariciaban los labios y la nariz del hombre y, lejos de molestarle, parecía sumergido en un sueño más profundo, como si esos rizos rebeldes fuesen los eslabones de la mágica cadena que desde hacía años los ataba. Los dos amantes no necesitaban nada más, sólo el uno al otro, y ambos aceptaban con serenidad y confianza su manera de hacer el amor hasta alcanzar la unión en el temporal de las pasiones. Tanto fue así que se sentían como si el día anterior hubiesen estado uno en brazos del otro.

—Son las tres: debería ponerme algo... —dijo Bálint en voz baja, susurrando entre el pelo de Addy.

—¿Tienes frío? —preguntó la mujer sin moverse.

40 MIKLÓS BÁNFFY

—Ahora no, pero no puedo quedarme así. Y deberíamos encender la luz.

—Bien, pero prométeme que no mirarás la habitación. Me lo prometes, ¿verdad?

—Te lo prometo.

Encendió el pequeño candil eléctrico que había al lado de la cama. Adrienne sacó una bata suya y se la dio a su compañero.

Bálint cumplió la promesa, pero al ponerse la bata vio sin querer que en la mesita de noche estaba la Browning y que por el parqué había varias balas —los tubos de cobre de esa pequeña arma— junto a su caja amarilla. Seguramente la mujer había intentado cargar la pistola y la caja se le había caído de las temblorosas manos. Tal vez sólo hubiese sido la casualidad lo que salvó la vida... Pero Adrienne notó la mirada grave de Bálint. De repente giró la cabeza hacia ella y Adrienne, cerrando los ojos, le besó los párpados. No lo soltó, sino que cayó con él entre las almohadas. Más tarde, cuando volvieron a mirarse a los ojos, la mirada de la mujer pidió perdón con una sonrisa avergonzada.

No hablaron de aquello.

Hablaron de otras cosas. De algo muy prosaico: ambos tenían mucha hambre.

—Y no tengo nada preparado porque tenía pensado cenar en casa de Margit... ¡Qué fatalidad! —exclamó Addy fingiéndose consternada.

Bálint se acordó de las castañas que había comprado sin saber por qué durante el paseo. Se levantó, buscó su chaqueta entre la ropa dispersa por la alfombra que rodeaba la cama y, al sacar del bolsillo el cucurucho de castañas, también encontró el periódico de la noche anterior.

—Tengo unas pocas castañas, pero están heladas. Si pudiésemos calentarlas...

—Tardaría demasiado y el fuego se ha apagado hace tiempo —dijo Adrienne y añadió riendo—: Con el hambre voraz que tengo serán perfectas.

Pusieron el periódico a modo de mantel sobre la amplia cama para que las cáscaras tiznadas de las castañas no se cayesen. Se tumbaron y se repartieron la presa. Comieron alegres. Bálint le contó cómo se las había comprado a una castañera con la que se había tropezado y cómo, automáticamente, había comprado a un vendedor de periódico de la estación aquel diario. Y en esos momentos ambas anécdotas parecían tan increíbles y tan lejanas que creían estar escuchando algo que apenas iba con ellos por haber ocurrido hacía muchísimo tiempo o por no haber ocurrido nunca.

Como su separación. El sufrimiento, el dolor y la amargura de un año y medio, la lucha mortificante de meses y meses y, finalmente, la desgracia, el enloquecimiento de Uzdy, la renuncia de Adrienne y su orden. Días y noches de desesperación, de culpabilidad, de pena y de larga penitencia, todo, como el vapor, se disipó en la nada. Ya casi ni lo recordaban. Tampoco pensaban en lo inútil que había resultado tanto sufrimiento. Y no pensaban en ello porque ya no quedaba nada de aquello, porque estaban juntos, porque habían encontrado el hogar uno en el otro y porque se pertenecían: formaban una pareja de verdad y más allá de ellos mismos todo eran fantasmas.

Tumbados en la amplia cama revuelta, la mujer con el camión roto cayéndole por los hombros y el hombre con la bata de seda femenina, devoraban con placer aquellas castañas heladas y tiznadas.

—¡Qué suerte que las hayas comprado!—dijo Addy.